

Literatura y Diplomacia

A partir de este número, la revista AFESE publicará cuentos o fragmentos de novelas escritas por autores nacionales y extranjeros que tengan relación con la vida, pasión y muerte (a veces ficticia) de los diplomáticos. Iniciamos la serie con este cuento del escritor Alejandro Carrión Aguirre, fallecido hace unos años, en el que describe con humor e ironía, elementos que manejaba magistralmente, las vicisitudes del Cónsul Estrada, quien forja un cable cifrado contando su falso suicidio ante la amenaza de una "inspección consular".

EL CABLE CIFRADO

Alejandro Carrión

Todo comenzó siendo igual en la Embajada aquel día, destinado a jamás olvidarse. A las siete, Rosendo, el camarero, peinado con mucha brillantina, provisto de su chaqueta blanca, entró a la cocina y se enteró de que Marcela, la cocinera, tenía en marcha el desayuno: supervisó las tostadas y se hizo cargo de la canastilla de la fruta, los vasos de jugo de naranja, la mantequera, el pan y la mermelada. Inquirió si en la compra se acordaron de las flores y frunció el ceño ante las rosas amarillas que trajeron. Con toda esa carga fue al comedor, cambió los manteles y dispuso la vajilla completa para el desayuno,

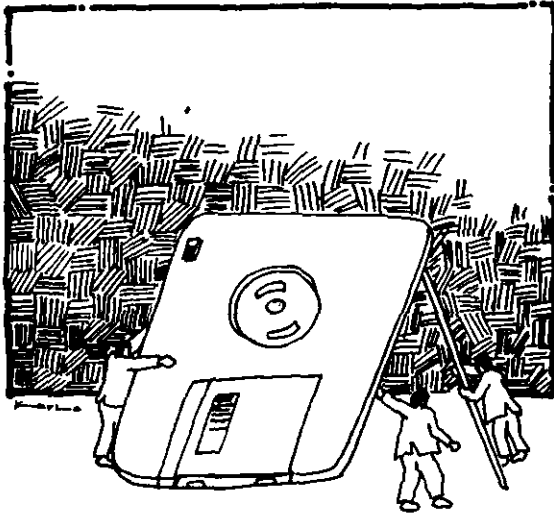
renovó las flores, instaló convenientemente el pan, la mantequera, la fruta, el pote de mermelada, la immaculada y translúcida jarra de agua con hielo, a pesar de que la mañana estaba fresca: todo quedó como era debido. Apiló convenientemente los tres diarios favoritos de su Excelencia, puso junto a su asiento, inmediata a la servilleta, la bandeja con la correspondencia, casi toda esta vez compuesta de cables del extranjero -es decir, de Quito, capital del país del señor Embajador. Parecía que por allá pasaba algo, pues entonces es cuando viene una media libra de cables. Y esperó, dándoles su alpiste a los canarios, ya que también las avechitas de Dios tienen derecho al desayuno.

Y, como de costumbre, el señor Em-

bajador se despertó alrededor de las siete, oyó las principales noticias en la pequeña radio de velador, se bañó y afeitó y bajó a desayunar en el comedor con su elegante batón de seda japonesa, con su dragón bordado sobre el pecho, reliquia de la belle époque en que transcurrió la ya lejana juventud de Su Excelencia. Desde luego, no estaba la señora Embajadora, cuyo horario era distinto: en su pequeño y coqueto dormitorio del tercer piso -un piso sobre el dormitorio del señor Embajador- dormía plácidamente hasta las diez, hora en que iniciaría un lento lever, destinado a conservar su rostro, de clásicas facciones, exento de huellas visibles de sus cincuenta y tres años. Llamó la atención del señor Embajador el montón de cables que se derramaban de la bandejilla de la correspondencia, bajo las cuales apenas se advertían algunas invitaciones y tal vez una que otra cuenta -que nunca faltan abrojos en los jardines-. Hizo a un lado los tres diarios, llenos de información

sobre la huelga de los frigoríficos, que tenía a aquel país cogido por el cuello, y tomó el leve desayuno que le permitía la inundación de colesterol que hinchaba sus venas: una tacita de café negro sin azúcar, una levísima tostada sin mantequilla, una manzanita, el jugo de naranja también sin azúcar. La señora Embajadora tampoco comería más, cuando bajara a desayunar a las once y media: ella luchaba por mantener una línea razonable, que le permitiese sostener algunas aventuradas afirmaciones acerca de la fecha de su nacimiento. La mantequilla, la mermelada, la rica leche, todas esas delicias estaban listas en previsión de que el señor Secretario o el señor Cónsul viniesen a desayunar, lo cual hacían con frecuencia, por ser aquella la mejor hora para conferenciar con el jefe sobre las tareas de la Embajada.

Sobre la pila de cables que esperaba a su derecha la palabra URGENTISIMO escrita en rojo pedía a gritos ser leída.



Lo hizo Su Excelencia y halló que decía esto, tan misterioso: "SIRVASE AMPLIAR DETALLADAMENTE SU CABLE CIFRADO AYER SOBRE DESGRACIA OCURRIDA ESA EMBAJADA PUNTO URGENTISIMO PUNTO CANCELLER". El cable era de Quito y había llegado hacía apenas una hora. ¿Ampliar detalladamente su cable cifrado de ayer? ¡Pero si yo no he puesto ayer cable alguno, ni cifrado ni no cifrado, ni a Quito ni a ninguna parte! ¿Sobre la desgracia ocurrida en la Embajada? ¡Pero si en esta Embajada no ha ocurrido ninguna desgracia! Perplejo y furioso -se ponía furioso siempre que daba con algo que no comprendía-, Su Excelencia rugió:

-¡Llámeme a Vargas! ¡Que se presente en el acto! Rosendo, el camarero, que atendía amorosamente a los canarios, dio un salto y regó el agua que les estaba poniendo en la jaula. Repuesto de la sorpresa salió disparado y a poco se le oyó llamando por el teléfono que estaba en el pasillo. Vargas, el llamado tan perentoriamente, era el doctor Teófilo Vargas Alarcón, un abogado de treinta y cinco años, Primer Secretario con derecho a ser ascendido a Ministro Consejero, para lo cual andaba molestando a todas horas al Embajador, a ver si conseguía hacerlo intervenir ante la Cancillería, en plan de que la injusticia que encerraba el retraso en ascenderlo fuese reparada. Mientras Vargas venía, el Embajador abrió los otros cables, hallando que completaban el misterio y lo orientaban en determinado sentido. Eran todos desesperados y desesperantes: "ENVIAMOS SENTIDO PESAME PUNTO SUBSECRETARIO RREE" "ENCARECEMOS REMITIR DETALLES SENSIBLE ACONTECIMIEN-

TO PUNTO SENTIDO PESAME PUNTO DIRECTOR EL COMERCIO"... "POR FAVOR CABLEGRAFIE DETALLES TERRIBLE DESGRACIA PUNTO ATTO PUNTO ROBERTO ESTRADA"... ¿Estrada? ¿Roberto Estrada? ¿No es el hermano del Cónsul?... "ROGAMOS DEMORAR SEPELIO FIN GESTIONAR TRASLADO CADAVER ESTA PUNTO GRACIAS PUNTO ATTO. PUNTO FILIBERTO ESTRADA"...

¿No es el otro hermano del Cónsul? ¿Qué diablos pasa con el Cónsul?

Rugió nuevamente :

- ¡Rosendo!
- A su orden, señor Embajador.
- Llame también a Estrada. ¡Que venga volando!

"A lo mejor es con ese sujeto el asunto... ¿Qué cadáver, Dios mío, qué cadáver? Aquí no hay cadáver alguno.... ¡Que demore el sepelio!... ¡Que le mande el cadáver al tal Filiberto!... Parece que algún idiota ha hecho una broma imbécil".

Terminaba su manzanita cuando llegó, fresco como un aura, fragante como un jazmín, el doctor Vargas.

-¿Qué ocurre, señor Embajador? ¿Ha pasado algo en Quito?

-Lea estos cables...

Vargas los iba leyendo e iba poniendo la misma cara que puso el Embajador al hacerlo.

-No me lo explico.. No me lo explico... Voy a llamar al Cable, a ver qué dice el mensaje aquel al que se refieren desde Quito...

Entró el camarero:

-La señora de Estrada dice que su esposo no fue anoche a casa y que tampoco ha ido esta mañana... Que tan pronto llegue lo manda por acá... Que

no ha dejado dicho donde estaba...

Se oía a Vargas telefoneando al Cable:

- De la Embajada del Ecuador... Por favor, vea si hay allí un original cifrado, enviado de la Embajada ayer... Ayer, si, ayer... No sé a qué hora... Sí, es el Primer Secretario el que habla... ¿Hay uno? ¿Cifrado? ¿Puede tener la bondad de enviárnoslo en seguida? Bueno: le envío al chofer ¿Por quién debe preguntar? Ya, muy agradecido. Si, descuide, se lo devolveremos...

Y ya en el comedor:

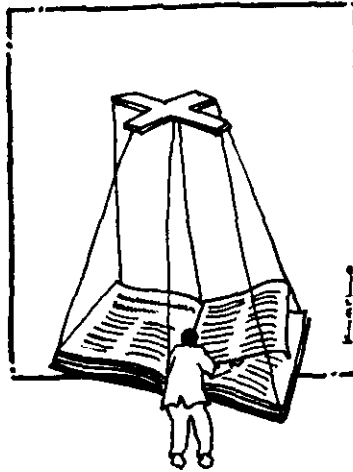
-Mire, Rosendo, dígame a mi chofer que vaya al Cable sí, a la oficina central, por favor todo lo rápido que permita el tráfico, y pregunte por el señor Zamudio, Román Zamudio, de la Oficina de Información. Y que traiga volando lo que ese señor le dé.

Y al Embajador:

- De aquí, anoche, cerca de la una de la mañana, han enviado un cable cifrado a la Cancillería de Quito, marcado URGENTISIMO Y CONFIDENCIAL. Ha ido con el sello y la guía, de costumbre y en los formularios ordinarios de la Embajada. La guía firmada con iniciales, el cable solo con el sello. No pueden identificar las iniciales. Un tal señor Zamudio dice que el original le debe ser devuelto, pues pertenece al archivo del Cable. Sí, parece que llevan un archivo confidencial de mensajes cifrados.

Y a Rosendo:

-Tráeme una buena taza de leche bien caliente, dos huevos fritos con jamón, pan francés tostado y mermelada.. Sí, ya veo que está aquí la mermelada... Con su permiso, "don Ramón" Tocante a los comestibles, ya no era



"Señor Embajador", sino simplemente "don Ramón".

-Desde luego, Vargas... Rosendo, sirva al señor Primer Secretario en seguida...

Bebiendo café y haciendo conjeturas estuvieron hasta que regresó el chofer con el mensaje, que tenía el sello de TRANSMITIDO y la hora, la una y diez minutos de la noche anterior. Se encerraron en el despachito de Su Excellencia con la Clave Mayor y tradujeron esto, tan extraordinario y admirable: "CANCILLER QUITO URGENTISIMO CONFIDENCIAL LAMENTO INFORMAR AYER SUICIDOSE DE UN BALAZO EN LA BOCA CONSUL GENERAL FRANCISCO ESTRADA GUEVARA PUNTO CADAVER VELASE ACTUALMENTE SALON EMBAJADA PUNTO REMITIRE DETALLES PUNTO AGRADECERE COMUNICAR TRISTE NUE-

VA FAMILIARES ESA PUNTO ESPOSA Y FAMILIA OCCISO ESTAN BIEN PUNTO ESPERO INSTRUCCIONES PUNTO SI FAMILIA DESEA REMITA CADAVER QUITO QUE SE SIRVAN COMUNICARMELO PUNTO ATTO PUNTO RAMON LUNA MONSALVE EMBAJADOR". No iba firma alguna, sino simplemente el sello. Estaba en un formulario ordinario de la Embajada y en la guía constaban unas iniciales algo confusas, pero que parecían ser F.E.G. ¡Las iniciales del "occiso"! Sello y papel eran rigurosamente legítimos.

En ese instante llegó un nuevo cable de Quito, URGENTISIMO. Decía: "SALIMOS PROXIMO JET PANAGRA PUNTO ROGAMOS ADELANTAR GESTION FIN TRASLADAR DESPOJOS QUITO PUNTO GRACIAS PUNTO ATTO PUNTO ROBERTO Y FILIBERTO ESTRADA".

Acababan de leerlo cuando llegó otro, esta vez de Guayaquil:

"URGENTISIMO SALDREMOS PROXIMO JET AIR FRANCE PUNTO ROGAMOS CONSERVAR DESPOJOS ADELANTAR GESTION FIN TRASLADARLOS ESTA PUNTOSALUDOS PUNTO MARDOQUEO HUERTA INSUA".

-Son los suegros y quieren llevarse el "difunto" a Guayaquil, mientras los hermanos se lo quieren llevar a Quito. Vienen a dirimir superioridades en esta Embajada. Una pierna el uno...otra el otro... y nosotros repartiendo...

-Por favor, Vargas, no es el momento para chistes siniestros...

Muy serio, el Embajador tomó disposiciones inmediatas para evitar esos viajes superurgentísimos:

-Vea, Vargas ponga un SUPERURGENTISIMOMULTIPLE a Quito y Gua-

yaquil, sin cifrar, pues no hay tiempo ni objeto, dirigido CANCELLER, DIRECTOR EL COMERCIO, ROBERTO Y FILIBERTO ESTRADA Y MARDOQUEO HUERTA INSUA, diciendo: "AQUI NO HA MUERTO NADIE PUNTO CABLE SUPLANTADO PUNTO BROMA MAL GUSTO ESO ES TODO PUNTO RUEGO NO VIAJAR PUNTO AVERIGUARE SUFICIENTEMENTE CONDENADO ASUNTO PUNTO INFORMARE ENSEGUIDA PUNTO SALUDOS PUNTO RAMON LUNA MONSALVE EMBAJADOR". Envíelo sin perder tiempo, sí con su chofer. Y, por favor, busque a Estrada, ¡qué diablos!, para saber lo que ha pasado.

En ese instante tronó el teléfono. Era la esposa de Estrada. Como Vargas estaba escribiendo el cable, atendió al Embajador:

-Sí... el Embajador a las órdenes... Si, no nos lo explicamos... Sí, han enviado un cable en papel de la Embajada, correctamente cifrado, a la Cancillería... Sí, ya a la noche, a la una... Dice que Francisco se ha suicidado...

Aquí también llueven cables: sus papás, sus cuñados... Vienen para acá... Nosotros estamos poniéndoles un cable diciendo que no ha ocurrido nada... Que probablemente es una broma de mal gusto... ¿Qué es de su marido? ¿Dónde puede estar? ¿No lo sabe usted? ¿No ha ido a casa ayer, ni anoche ni esta mañana? Mi estimada señora, por favor, búsquelo. Nosotros lo estamos buscando también. Sí, en último término habría que recurrir a la policía, pero eso, desde luego, en último término. Policía significa escándalo. No, no se aprensione. Ya verá como todo es cosa de juego. Des-

de luego, hay que aclarar esto enseguida. Nos tendremos al tanto. La llamaré si sé algo: llámame usted también si sabe algo. Hasta luego.

Vargas estaba allí, atento, diciendo con los ojos: ¿qué fue? El Embajador le explicó:

-La señora de Estrada dice que a ella también le están llegando los pésames y los avisos de viajes con los acostumbrados pedidos de que postergue el sepelio y disponga el cadáver para llevarlo, según unos, a Quito y, según otros, a Guayaquil. Dice que su marido ha desaparecido desde ayer, que lo ha llamado a todos los sitios donde habitualmente suele estar y que no saben nada de él...

Vargas dijo:

-Yo creo que hay un sitio donde es muy probable que esté, y al cual no ha llamado la Tuca, perdón, la señora de Estrada. Me refiero, usted sabe, a la casa del Consejero Trajano Monteros Núñez, ese gallo un poco ambiguo de la República Dominicana... ese que dicen era efebo preferido del Benemérito... Allí suele recalar nuestro Francisco con una frecuencia que su señora ignora. Veamos qué hay por ese lado.

Y en el teléfono:

-Por favor, sí, de parte de Vargas, de la Embajada del Ecuador. Quiero hablar precisamente con doña Mercedes... Doña Mercedes, Teófilo Vargas la saluda. Dígame por favor, ¿no ha ido por allí Francisco, ayer u hoy? ¿No? ¿No la ha llamado?... Sí, algo pasa. No sé quién ha enviado a Quito un cable disparatado, anunciando el suicidio de Francisco... y hay un lío de los mil demonios. No, no creo que haya pasado algo malo, porque el cable dice que el

cadáver está velándose en el salón de la Embajada, y aquí no hay cadáver alguno. Sí ayúdenos a buscarlo. Hay que aclarar esto ahora mismo. Nos llamamos. Mil gracias, saludos a Trajano.

Y al Embajador:

-Bueno... la "otra", usted dispense, la "otra" tampoco sabe nada. Por ahí no va ya cosa de tres días. Ella piensa que todo el mundo, menos Estrada, es capaz de matarse. "¿Matarse ese? ¡Nunca!", me dijo. Ya le decía, a usted, Excelencia, que esa mujer lo desprecia a Francisco.

-No entiendo a las mujeres... lo desprecia y sin embargo...

-Sin embargo... Algo me dice que ha pasado una cosa gravísima y que la causa principal es precisamente doña Mercedes...

En ese instante, dando alaridos, con el corazón saliéndosele por la boca, llegó la mucama.

-Señor Embajador... señor Vargas... allí... allí... en el despachito chico.. en el de atrás... Sí, en el del Consulado... allí está... tirado sobre el escritorio... parece muerto... desde afuera se ve a su lado el revólver...

No la dejaron terminar: don Ramón y Vargas se precipitaron escaleras abajo. Don Ramón abrió el despachito con su llave maestra y al entrar vieron el lamentable cuadro: Francisco Estrada, el Cónsul, estaba echando de bruces sobre el escritorio. La mesa del mismo y las dos pequeñas mesillas de la habitación estaban consteladas de ceniceros repletos de colillas, de cigarrillos apagados apenas prendidos muchos, quebrados por la mitad. había también no menos de seis tacitas de café, vacías, algunas volcadas. Sobre el

montón de papeles que cubrían el escritorio, una pistola calibre 22 corto, niquelada. Y Francisco Estrada con la cabeza entre los brazos...

No, no estaba muerto, de ninguna manera. Tampoco estaba herido: la pistola no había sido disparada. El Cónsul estaba profundamente dormido, respiraba suavemente, rítmicamente, pero a veces, en la hondura del sueño, sollozaba. Vargas, dejándose de finuras, lo sacudió vigorosamente. Como si regresara de una extraordinaria lejanía, abrió los ojos y miró... sobresaltándose, lleno de angustia al verse frente al Embajador y al Secretario, tras los cuales asomaba la mucama, item más los dos chóferes y el camarero y aun la cara angulosa de la cocinera. Cediendo a un impulso infantil, trató de escapar sumiéndose, de nuevo en el sueño, y sepultó la cabeza entre los brazos. Convencido de la inutilidad de la maniobra, sabiendo cuán irremediable era afrontar la realidad, se entregó a un llanto convulsivo, del cual salió para decir con voz casi inaudible:

- Si se pudiera... ¡un coñac, Dios mío, un coñac!

Estaba, sin duda, próximo al desmayo. El camarero salió como una exhalación y retornó con una gran copa de coñac, una ración triple. Se la alcanzó, y el pobre hombre se la bebió de golpe, como quien encuentra, de pronto, una boya para no ahogarse. El Embajador y Vargas, hombres robustos, lo tomaron luego de las axilas y lo llevaron arriba, al dormitorio del Embajador, donde lo tendieron sobre la cama.

- Mire, Francisco dijo el Embajador, paternalmente-, no sé lo que ha pasa-

do, pero es conveniente que descanse un poco. Sírvasse este café - y le tendió una taza grande, humeante, que trajo la mucama, sin que se la pidiesen... yo volveré a buscarlo dentro de media hora. Mientras, repose, repóngase.

Salió, cerrando la puerta con llave.

- No lo voy a dejar que se me escape...

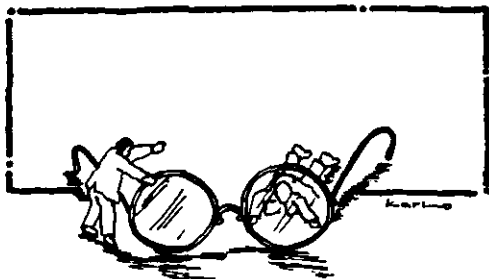
Y respondiendo a una pregunta que Vargas hacía con los ojos:

- Ya le oyó a la señora de Monteros, que lo conoce bien: no hay ningún temor de que Francisco se mate. Estoy seguro de que no saltará por la ventana.

Vargas, un poco a regañadientes, se fue a avisar a las dos damas -las señoras de Estrada y de Monteros- que no tuviesen cuidado, que Francisco había reaparecido sano y salvo, solamente un poco nervioso. Sí, ya se aclararía todo. Para después de mediodía todo se pondría claro.

En ese momento hizo su aparición la Embajadora: en el esplendor de su belleza, esa belleza que cada noche se destruía y había que reconstruir cada mañana, con tres duras horas de trabajo continuo. Don Ramón, paciente-mente, la puso al tanto de lo ocurrido: en ello empleó el plazo que otorgó al Cónsul para que se restableciera. La señora, con la perspicacia propia de las mujeres inteligentes, en la que entra por mucho la intuición, dio pronto con la pista:

- En esto tiene que ver esa doña Merceditas... y el inspector de consulados que viene del Ecuador... ¡Ya lo verás! A mí no me ha gustado la conducta de Francisco los últimos tiempos... y esa mulata, esa Merceditas...



esos dominicanos son unos perversos...

- No exageres... apenas unos mulatos vulgares...

- Ya verás... Allí hay mucho, pero mucho más... Son unos vampiros, unos chupasangres... La pobre Tuca ni se huele el pantano donde se ha hundido su marido. ¡Es más inocente esa chica! Suponte...

- Tú, hija, eres terriblemente malpensada. Dispénsame que te lo diga...

- Ramón, ustedes, los hombres, jamás se dan cuenta de nada. Nosotras...

- Sí, ya me has hablado de tu famosa intuición femenina...

- No seas pesado... ¡Qué intuición ni qué intuición! Lo que pasa es que tengo los ojos abiertos y sé atar cabos.

- Bueno: todo eso son suposiciones. Me voy arriba, a ver qué es lo que pasa. Te garantizo que no lo soltaré hasta que no me lo haya contado todo.

La señora quedó ardiendo en la llama de la curiosidad: en la misma llama se asaba Vargas, en la misma ardían doña Tuca y doña Mercedes. Y allá, en la patria lejana, muchos funcionarios de la Cancillería y las familias Estrada y Guevara y Huerta Insúa se consumían en iguales calores.

* * *

Al entrar, don Ramón volvió a echar llave a la puerta: no quería interrupciones. Halló a Francisco Estrada de pie ante la ventana, sumido en profunda meditación. Al volverse, lo vio muy pálido, y en sus ojos, habitualmente inexpresivos, encontró esa aterida y pedigrúeña expresión de las bestezuelas desamparadas. "Este hombre ha sido trabajado a fondo, hasta la desesperación", se dijo al mirarlo y se sorprendió de no haber captado antes tan evidente estado de alma, acaso porque Francisco era en la Embajada como un miembro de familia, más aún, como un mueble cómodo y habitual, al que ya no se mira y, si se va deshilachando, su deterioro no es advertido sino cuando ha llegado a un extremo cercano a la destrucción total. Francisco quiso hablar tan pronto vio a su jefe, pero don Ramón le hizo seña de que callara y esperara. Fue a una pequeña alacena, extrajo una botella de coñac Napoleón Courvoisier y dos vasos. Tomó asiento cómodamente en una mullida butaca, le invitó a sentarse en otra y puso a su alcance la botella y los vasos: llenó uno casi del todo (para Francisco) y puso en el otro una pequeña dosis (para él). Acercándole el vaso casi lle-

no, le dijo con una voz suave, casi lejana:

- Ahora, cuéntemelo todo, desde el principio... Pero antes lea estos cables y dígame si este, el cifrado, que me hice devolver de la oficina transmisora, fue escrito y remitido por usted...

Francisco apuró el vaso y lo volvió a poner en la mesa: casi lo bebió todo. Don Ramón lo volvió a llenar y le extendió la cigarrera abierta. Con mano firme tomó Francisco un cigarrillo y comenzó a leer los cables.

Al terminar, se enfrentó a su jefe y comenzó:

- Este cable cifrado, en el que se abusa de su nombre, lo redacté anoche y ya cerca de la una lo dejé personalmente en la oficina transmisora. Ya veo el revuelo que ha armado: lo preveía, pero era inevitable. Sin embargo, no era mi propósito el producirlo. Envié el cable para cerrar tras de mí la puerta de escape. No me sentía con fuerzas para pegarme un tiro, y como era indispensable que me lo pegara, quise hacer algo irremediable, que me forzara a ello. Buscar fuerzas, don Ramón. De este acto absurdo quise obtener el valor que me faltaba. Una vez cometido ese acto irreversible -enviar el cable-, volví a mi oficina y agoniqué hora tras hora, quedándome dormido al llegar el día. No fue posible... y ahora, don Ramón, me hallo ante una situación extrema y sin remedio.

-Ya trataremos de encontrarle remedio. Por favor, explíqueme cómo llegó a semejantes extremos...

-Una sola circunstancia, don Ramón: el haber sido criado dentro de principios morales muy estrechos. Mis pa-

dres, usted los conoció, eran "tan a la antigua"... Dejaron en mi vida un margen muy estrecho de movimientos. No me avergüenza decirle que, cuando vine a esta ciudad, después de años de vida diplomática, hombre casado y con hijos, no conocía nada de eso que llaman "la vida". Esta es la única causa... Aquí encontré, para mi mala suerte, a esa gente... a esos dominicanos. Era aquella otra dimensión de la vida. Ese hombre es un jugador, y carece de moral alguna... su mujer es una viciosa, que lo ama con sed de pervertida y tiene para él una perruna adhesión. Hace todo lo que él le ordena. Ella es la que tiene la tarea de conseguir el mucho dinero que falta en esa casa fuera de los límites. Fui yo allí una fácil presa: ella se me insinuó... yo no tuve, don Ramón, se lo juro, plan alguno: apenas alguna cortesía. En mi vida de diplomático he conocido muchas lindas mujeres. De algunas se contaban historias galantes: eran, evidentemente fáciles: no me interesaban, porque yo, dentro del estrecho margen moral en el cual me movía, había descartado la posibilidad de tales aventuras. Me era suficiente con mi mujer, muy linda, además, y con la cual era feliz. Yo no había nacido para coleccionista de sensaciones ni de anécdotas, no pensaba ser un coleccionista a lo Casanova ni era un semental. Me interesaba mi carrera, me interesaba mi obra literaria, me interesaba la economía, dentro de la cual he realizado serios estudios. Lo demás, estaba descartado de antemano...

Se sirvió más coñac.

-Pero para el hombre el desafío sexual es de tal naturaleza, que una vez

hecho no puede rehuirlo. Se me hizo ese desaffo, en una forma audaz y perentoria: quien lo hacía, sabía a quién se lo hacía y por qué. Sin esfuerzo alguno, sin hacer un movimiento, esa mujer se me entregó. Yo no había conocido esas perversas delicias. Me emborraché. Esa es la palabra: me emborraché. Se trata de una amante extraordinaria: viciosa, drogada, capaz de convertirse en vicio, a su vez: da a raudales delicias increíbles, es cínica, es una divida maldición, es deliciosa. Ya le digo que me emborraché. Al principio no sabía por qué se me había dado, ya que no la conquisté, ya que me sé poco dotado para el galanteo, ya que se veía a simple vista en qué forma anormal ama a su marido. Pensé es un capricho de viciosa o es una venganza de celosa. No: no era eso. Era que cumplía órdenes de su dueño. El es quien, con su conocimiento de los hombres, busca los amantes a quienes ella debe encadenar: y él es quien le ordena cuando debe dejarlos, ya completamente exprimidos... en todos los sentidos. El género de vida que llevan, la ruleta, las drogas, el licor, el lujo, el hecho de ser el marido sexualmente insaciable y ambivalente... Los efebos son más caros que las damiselas... bueno, todo eso exige muchísimo dinero. La República Dominicana, ¿qué disparate dijo?, el Generalísimo, el Benefactor, el amo ese que tienen, les paga mejor de lo que paga país alguno: un Secretario gana allí más que el mejor pagado de los Embajadores. Verdad es que para conseguir el cargo han tenido que realizar actos increíbles, desde asesinatos hasta ser carne de cañon, hombres o mujeres, en las orgías de esos demo-

nios negros. Para obtener un cargo diplomático, esos hombres deben ir por un camino en el cual la audacia se mezcla con la indignidad más absoluta y en proporciones inauditas. ¡Si le contara lo que por ella he sabido! Y ella lo cuenta como si fuese lo más normal del mundo. Es verdad también que lo que el amo les exige en ese "servicio diplomático" va desde el espionaje hasta el asesinato de exiliados conspiradores. Toda orden tiene que ser cumplida al instante y bien. De lo contrario, les espera la muerte. Pero les paga mucho mejor que nación alguna...

Hablaba febrilmente, se veía cuánto deseaba terminar su confesión, pero al mismo tiempo entraba en detalles porque le precisaba ser bien comprendido.

-Vienen de allá, de la isla infernal, totalmente corrompidos. Necesitan mucho dinero para jugar, para beber, para las drogas. Y necesitan eso, porque viven en una tensión constante, sin saber el día en que el Benémerito baje el dedo. Cuando ella... esa mujer... comprendió que me había enviado a ella, que no podía pasar sin los placeres que ella me daba, entonces supe la razón de la entrega. Tranquilamente me dijo un día que necesitaba, para esa noche, ¿ofa?, para esa noche quinientos dólares. No dió razón alguna, no habló de préstamo, no puso disimulo de ninguna clase. Si no se los llevaba, nunca más la volvería a tocar ¡nunca más! La perspectiva me enloquesió. Como si a un adicto a la heroína le hubiesen dicho que nunca más volvería a recibir su dosis. Así que esa noche le llevé los quinientos

dólares... Esto se ha repetido sin cesar. Yo veía el hueco terrible en el que me iba sepultando: estaba la muerte al fondo. Pero no se podía intentar nada, absolutamente nada: no tenía salvación. A veces hundido en mi angustia, viendo a mi mujer y a mi hija, pensando en lo sana que había sido mi vida y en lo limpia que hasta hace poco era mi alma, me sentía envuelto en llamas infernales... Pero no había salida: necesitaba de su impura delicia... Necesitaba de mi vicio... Veía cómo ella me despreciaba, me odiaba inclusive, veía cómo se entregaba a otros... por los mismos motivos que a mí... y veía cómo adoraba a su marido y cómo ejercía su horrible comercio tan solo para darle dinero. Y me despreciaba a mí mismo, tal vez más de lo que ella me haya despreciado.

Bebió de nuevo.

-Hasta que llegó el último día. Se supo, ella lo supo también, la próxima llegada del Inspector de Consulados, ante quien, sin excusa, es mi deber rendir cuentas. "Ahora sí que te fregaste, Paquito", me dijo ella, riéndose a carcajadas. Tomé la única resolución posible: el tiro en la boca, un final que nadie podía pensar para mí. ¿Por qué acepté venir a esta Embajada donde el Ministro Consejero es el Cónsul? Esa fue mi perdición. Y bien... el tiempo cada vez más estrecho, cada vez más cerca el hombre que para mí era la muerte... Cuando llegó el cable anunciando que estaba en Buenos Aires, comprendí que había llegado el final. Fui donde ella a mendigarle una hora última... y se me negó. "Ya no me sirves de nada... ya te vas a pegar el tiro... ¡quítate de mi vista! Hueles a difunto".

Así me dijo, aun cuando parezca mentira...

Otro trago.

-Eso es todo, don Ramón... Ya lo sabe usted. El cable cifrado era para cerrar la puerta de escape. La cerré... y de nada me sirvió. He caído en un ridículo extremado y nada más. Durante toda la noche busqué fuerzas y... Pero no hablemos de eso. Ahora no me queda más sino rogarle que, antes de la llegada del Inspector, llame a la policía de este país y me entregue, hasta que se tramite mi extradición.

Habló muy tranquilo, se le había quitado un peso de encima. Se entregaba a su destino.

El Embajador bebió el resto de su coñac. Hablaba como un padre:

-Usted ha vivido su noche en el huerto. A todos, tarde o temprano, nos toca vivirla. No se asuste: creo que hay remedio. Vamos a firmar un convenio en el cual yo, actuando como máxima autoridad ecuatoriana en esta ciudad extranjera, donde represento a mi gobierno, tomaré el sitio de la Contraloría. Usted se comprometerá a pagar la suma que ha desfalcado de la caja del Consulado, en mensualidades adecuadas, dentro de un plazo determinado. La primera mensualidad la pagará dentro de seis meses. Yo comprometeré voluntariamente mis bienes para garantizarlo. Usted se marchará, con su familia, hoy mismo, por avión, a Río de Janeiro, de donde seguirá al día siguiente a México. ¿Ha estado usted antes allá?

-No

-Le daré cartas para el director de un gran diario, donde le darán trabajo.

Después de seis meses comenzará

usted a pagar, cuando ya se haya instalado. Yo le entregaré el acta al Inspector de Consulados y explicaré el asunto en una nota reservada al Canciller. Usted, mi buen amigo, ha cambiado su carrera: ya no es diplomático, es periodista. Usted escribe muy bien, es buen literato, sabe mucha economía. Será un redactor serio y lo apreciarán mucho. Su temporada en el infierno le servirá: volverá al estrecho marco moral donde antes se movía y que tan sano era... Volverá a ser feliz y algún día mi mujer y yo tendremos el placer de visitarlos en México.

Francisco miraba a ese hombre planear su vida, tras salvarla, y no lo creía. No creía que la bondad humana existiera y llegara a tanto. No aceptó a decir ninguna palabra: lo que hizo fue llenar de nuevo su copa, vaciarla de un trago, besarle la mano y salir corriendo en dirección de su casa.

* * *

Vargas y la señora Embajadora no pudieron contenerse. Vargas había regresado y con la ilustre dama, encerrados en el despachito, espían. Cuando vieron que Francisco salía como una exhalación, invadieron el lugar misterioso. Don Ramón contemplaba melancólicamente su botella de Courvoisier casi vacía.

-¿Qué pasó? ¿Qué fue?

-Lo que tú pensabas, exactamente lo que tú pensabas... esta vez tu intuición femenina fue, diría yo, sublime. Lo adivinaste todo, así que no tengo nada que contarte. Por su parte, usted, Vargas, estaba muy cerca de la verdad...

La señora Embajadora, satisfecha por su triunfo, quería de todos modos, algunos detalles. Y Vargas, lo mismo.

El Embajador se volvió a él y le dijo, con voz autoritaria:

-Mire, Vargas, su cargo en esta Embajada es el de Secretario. Usted ha jurado desempeñarlo fielmente... Si sé que usted ha divulgado una sola palabra del documento que voy a dictarle, pediré su destitución. Se juega su carrera.

-Yo, señor Embajador, yo...

-No, no diga nada. No es sino una advertencia. Siéntese y escriba: "Yo, Francisco Estrada Guevara, ciudadano ecuatoriano con cédula de ciudadanía No 7-16002314 y cédula orientalista No ZB-1833, de quinta categoría, Ministro Consejero en comisión de Consul General en Montevideo, Uruguay, ante el señor Embajador don Ramón Luna Monsalve, me obligo...

Y mientras dictaba el documento, de su texto la Embajadora y el secretario extrañan parte de la información deseada. Y algo más: la solución sabia y humanísima que había sido dada a tan extraño caso.

-Deje el espacio para las firmas y ponga debajo que usted, Teofilo Vargas Alarcón, Primer Secretario de la Embajada, en funciones legales de Notario en el extranjero, da fe de lo convenido. Añada: "Yo, Ramón Luna Monsalve, voluntariamente obligo mis bienes en garantía de la obligación precedente".

La Embajadora no pudo contenerse:

-No seas loco, Ramón, por Dios, eso es una locura.

-No, no lo creas querida. Ese muchacho no volverá a las andadas. Ha tenido su pequeña saison en enfer y no

volverá a tener otra por nada de este mundo.

Para que fuese irrevocable su decisión, ante lo ojos desaprobantes de su esposa y ante el asombro de su Secretario, firmó.

* * *

A las 6 p.m. zarpó el avión para Río de Janeiro, con la pequeña familia Estrada, estrechamente unida tras la tempestad.

El Inspector de Consulados no encontró que el Embajador estuviera facultado para aceptar tal clase de obligaciones, y peor para, tras aceptarlas, garantizarlas. Don Ramón, olímpico, le dijo:

-No se preocupe, señor Inspector. Yo

arreglaré este asunto con el Canciller y el Contralor. Usted límitese a informar y a enviar como documento habilitante de su informe la copia del convenio.

Y no hubo más.

Vargas tuvo que hacerse cargo del Consulado, y desde entonces no hay Cónsul, sino Primer Secretario-Cónsul. No le aumentaron el sueldo, ni lo ascendieron, pero le exigieron caución.

La Embajadora se negó a saludar, y jamás invitó a la novelesca doña Mercedes.

Pero don Ramón no pudo ser huésped de Francisco Estrada en México, donde era un escritor próspero y respetado por su seriedad y rectitud: un infarto lo mató poco después.

